

El ejercicio de la crítica como pedagogía queer - Texto en castellano.

Moirá Pérez.

Cita:

Moirá Pérez (2021). *El ejercicio de la crítica como pedagogía queer - Texto en castellano. I Simposio Educación Insbumisa: Pedagogías Queer. Núcleo de Estudios Queer e Decoloniais, Universidade Federal Rural de Pernambuco, Recife.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/uba/box/moira.perez/91/1.pdf>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pr0/e4x/1.pdf>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

El ejercicio de la crítica como pedagogía queer¹

Dra. Moira Pérez

(Universidad de Buenos Aires / CONICET)

Octubre de 2021

“¡Oh, cuerpo mío, haz siempre de mí un hombre que interroga!”
(Fanon 2009: 190)

Ya desde sus inicios a mediados de los años '90, la pedagogía queer se ha enfocado mayormente en cuestiones relacionadas con la sexualidad en el aula, principalmente en la escuela (primaria y secundaria). Aun hoy este suele ser el ámbito de intervención preferido de la disciplina. Mi enfoque es un poco heterodoxo en ese sentido, no sólo porque proviene del campo de la filosofía, sino sobre todo porque mis indagaciones se han concentrado más bien en los ámbitos de trabajo vinculados al sistema universitario y el sistema académico de investigación. Esto lo conecto, además, con mis reflexiones dentro del campo de la epistemología social, donde estudio las prácticas de violencia epistémica e injusticia epistémica en la investigación -principalmente aquella vinculada con sujetos no hegemónicos- en el ámbito académico. Más allá de estas diferencias, mis intereses de estudio y prácticas de reflexión sí siguen una cierta tendencia de la teoría queer (aunque no tanto de la filosofía, debo decir), de emerger no (o no exclusivamente) de una indagación erudita en los textos canónicos, sino más bien de nuestra propia experiencia como integrantes del mundo del cual hablamos, integrante con características identitarias, físicas y sociales específicas. Y también muchas veces las reflexiones a las que me dedico surgen a partir de inquietudes que me acercan personas que me encuentro en las aulas o en las distintas instancias de intercambio político e intelectual en las que me muevo. Personas que tienen la generosidad de invitarme a pensar con ellas acerca de los problemas que nos preocupan a todes quienes buscamos, de alguna manera u otra, aportar a la justicia social.

Las reflexiones que les traigo hoy acá no son la excepción, es decir que la cuestión a la que me gustaría dedicar esta charla es una que me ha surgido una y otra vez en mi experiencia como docente, como formadora, en espacios tanto dentro como fuera de la Academia, por ejemplo capacitaciones a profesionales o talleres de extensión universitaria. Parto de la base de que -al menos en lo que a mí respecta- si hacemos

¹ Versión traducida al castellano del texto “O Exercício da Crítica como Pedagogia Queer”, expuesto el 5 de octubre de 2021 en el marco del I Simposio Educación Insbumisa: Pedagogías Queer, organizado por el grupo NuQueer de la Universidade Federal Rural de Pernambuco (UFRPE), Brasil. La mesa contó además con la participación de Dayanne Louise (Universidade Federal de Sergipe) y José Amaro da Costa (NuQueer/Universidad Nacional de Rosario). Agradezco la invitación de este último para sumarme al evento, así como a Iran Ferreira de Melo por la coordinación y sus comentarios atentos. Destaco particularmente el esfuerzo del grupo NuQueer por impulsar los estudios queer y decoloniales en Pernambuco, en los tiempos tan difíciles que azotan a Brasil y a nuestra región.

trabajo académico es porque entendemos que este trabajo puede funcionar como un aporte a los procesos de transformación social en los que creemos y a los que adherimos. La teoría queer en sus orígenes nació precisamente de este tipo de impulsos, y me interesa reivindicar esa tradición. Quiero aclarar que no vengo acá a defender la teoría queer. Yo creo que ésta -como todas las teorías- tiene que ser tomada en lo que sirve, en lo que aplica a nuestro contexto específico. Como he dicho en otras ocasiones (por ejemplo Pérez 2019), entiendo a la teoría queer no como un canon sino como una caja de herramientas de las cuales algunas sirven para algunas cosas, otras para otras; y hay muchas otras cuestiones para las que vamos a necesitar otras herramientas provenientes de marcos teóricos diferentes. Sin embargo, sí creo que la teoría queer nos puede aportar mucho, desde mi punto de vista, para varios de los problemas que nos estamos encontrando en el mundo contemporáneo, si sabemos combinarla con otros marcos que compensan sus deficiencias. Pero el uso de un marco teórico como palanca de transformación no es automático: hay que reflexionar, dialogar y tramar acerca de cómo podemos hacer de este u otros marcos teóricos un instrumento de intervención social. Y en esa tarea, la alerta crítica y la autocrítica, son elementos centrales. Obviamente el ejercicio crítico, tanto teórico como político, está en el núcleo mismo de la teoría queer y siempre lo ha estado. De hecho, estamos hablando de un marco teórico al que se le ha impugnado precisamente que a veces parecería solo tener críticas para ofrecer. Yo no estoy de acuerdo con esa evaluación, pero podemos entender de dónde proviene.

En este contexto, muchas veces mi contribución se orienta a la identificación y presentación de una serie de críticas a prácticas sociales, prácticas de nuestra profesión, de las instituciones que administran nuestra vida cotidiana, o -y acá me quiero detener- de los movimientos sociales a los que adhiero o con los que de alguna manera siento una cierta afinidad. Críticas que entiendo como una forma de aportar a los procesos de transformación social que mencionaba recién. Quizás algunos sepan que desde hace ya más o menos 10 años gran parte de mi atención se ha enfocado en la reflexión sobre el punitivismo y la cultura del castigo, y particularmente cómo los movimientos sociales que se presentan como progresistas -principalmente los movimientos feministas y los movimientos LGBT- se han relacionado con estas prácticas. Cuando hablo de estas cuestiones, cuando presento mis críticas al punitivismo progresista, cuando explico por qué desde mi perspectiva no funciona o no es una manera adecuada para resolver los problemas que estamos intentando resolver, los problemas que nos preocupan, hay dos reacciones muy frecuentes, que apuntan ambas a impugnar o relativizar el ejercicio de la crítica. Por un lado, encuentro la reacción de 'bueno, pero entonces qué hacemos'; 'es fácil criticar si no se aporta nada a cambio'; 'es fácil criticar y nada más, cuando se está en una situación de privilegio: necesitamos respuestas'. Por otro lado, es frecuente la reacción que podemos resumir en la idea de 'el enemigo es otro': se argumenta que no es momento para hacer una crítica a nuestras propias prácticas en tanto espacios o proyectos progresistas porque eso debilitaría al frente progresista, y los movimientos reaccionarios pueden aprovecharse de eso para seguir avanzando e incluso revertir 'lo que hemos ganado'.

En el primer caso se espera que quienes nos dedicamos a la indagación teórica (pero aplicada), además de identificar y plantear un problema y ayudar en su comprensión,

cómo funciona, qué características tiene, cómo se vincula con otros problemas o estructuras más profundas, etcétera, indiquemos -aquí y ahora- qué hay que hacer para resolverlo. O quizás, que simplemente nos salteemos la crítica y pasemos directamente al protocolo. Creo que comprendo de dónde vienen estas reacciones; entiendo que en el contexto en el que vivimos, que es tan difícil y trae tanto desasosiego, muchas veces ansiamos salir de la urgencia, y fantaseamos con el salvavidas de un manual de instrucciones para hacer las cosas bien. Y para hacerlo YA – porque nadie duda, yo tampoco, de que se trata de cuestiones gravísimas y urgentes. Y en cuanto al segundo punto, el de “el enemigo es otro”, simplemente se espera que nos callemos y esperemos a un momento más propicio, donde los problemas externos se hayan resuelto. Me queda la duda de si ese momento perfecto llegará en algún momento (en general me motoriza el optimismo de la voluntad, pero en este punto tiendo a pensar que la respuesta es: no).

En suma, la tarea crítica sería: o irrelevante, o destructiva, o ambas². Esto suele venir acompañado de un cuestionamiento, explícito o velado, del rol de la academia: la idea de que ‘en el mundo académico de la teoría puede que esto tenga sentido, pero en el territorio, donde se juega la urgencia de la vida, es una pérdida de tiempo, tenemos que dar respuestas concretas, que serán poco sofisticadas pero funcionan’. La idea de que una cosa es lo intelectual, y otra muy distinta lo político.

Entiendo y respeto todas estas reacciones al despliegue de las críticas. Es indudable que la academia históricamente ha estado (y sigue estando) muy desasociada del campo social y las necesidades y prioridades del pueblo (incluso de la minúscula proporción del pueblo que logra llegar a la academia, contra la inercia institucional), y es indudable que hoy los mandatos académicos neoliberales nos empujan a aislarnos aun más. Quienes trabajamos en la academia desde una situación de privilegio debemos aceptar con humildad esta herencia y tomar medidas concretas para cambiar el rumbo de nuestras instituciones. Comprendo la gravedad de la situación que estamos atravesando, y la preocupación y miedo que nos aqueja a muchos. Pero creo que hay un supuesto de base que está equivocado en estos señalamientos: la crítica interna no debilita, sino que refuerza a un movimiento; no es un desvío de lo político, sino parte de ello; y no es una pérdida de tiempo, sino un elemento central en cualquier proyecto que pretenda transformar lo que existe.

Por eso quisiera proponer, desde la perspectiva de la pedagogía queer, que la crítica en sí misma es un momento necesario, es un momento que tiene vida propia, es un aporte a los proyectos de justicia social, a las iniciativas a las que adherimos. Y es algo para lo que la academia -y específicamente en las Humanidades, que es el ámbito en el que me muevo- pueden ser particularmente útiles. Tenemos que aprender a demorarnos en esa crítica, no entendiéndola como un lujo o como una pérdida de tiempo, ni como una especie de boicot a un movimiento que si no fuera por la crítica sería armónico y solidario (o sororo). Desde una pedagogía queer, podemos reconocer a la crítica como una pieza clave de cualquier proceso de transformación -sea individual o social-, y como un espacio de aprendizaje. Porque no sólo el contenido de la crítica es un aporte

² Aquí sigo a Brown y Halley (2002: 31) cuando advierten que la idea convencional sobre la crítica dentro de la izquierda es que es “o destructiva, o irrelevante”.

importante a la trama más amplia de las iniciativas de transformación, sino que también el hecho de demorarnos en esa crítica puede ser un momento pedagógico sobre cómo se construye la justicia social y cuáles son las dificultades que tenemos por delante. Por eso digo que el ejercicio de la crítica puede ser una instancia de pedagogía queer. Les invito a que me acompañen a desarrollar un poco más esta idea.

El rol de la crítica

Primero, la crítica es un aporte importante a la trama más amplia de las iniciativas de transformación social porque la pregunta y la crítica en sí mismas ya pueden ser intervenciones políticas provechosas. En un provocador escrito a favor de la crítica en la izquierda, Janet Halley y Wendy Brown notan que en estos ámbitos suele impugnarse a la crítica como algo diferente de la política, o del compromiso con el cambio social. Ellas consideran que, muy por el contrario, la crítica es parte fundamental de la acción política (2002: 4), ante todo porque la crítica busca “revelar las estructuras o aspectos subterráneos” (2002: 26) de un determinado fenómeno que nos preocupa, y con ello ayuda a abordarlo. Pero también porque, lejos de alejarnos o desviarnos de la política, la “desorientación”, el desconcierto que resultan de la crítica “sigue[n] siendo profundamente polític[os]” (2002: 28). Y hay un punto más que señalan las autoras, que me parece fundamental: la crítica es en sí misma una vía de involucramiento político, y puede servir para crear comunidad. Frente a iniciativas políticas con las que tenemos diferencias, o cuyos términos generales no terminan de convencernos, la crítica nos ofrece una vía para participar, aportar o colaborar (2002: 28). Sin retirarnos del campo de acción, pero sin renunciar a nuestros principios fundamentales. Y en ese mismo acto, puede hacer nacer una comunidad en torno a esa crítica. Porque en contextos en los que muchas personas son dejadas afuera de las estrategias políticas, o quedan en las fisuras de las rivalidades binarias (“estás con nosotres o contra nosotres”) sin estar de acuerdo con ninguno de los polos, el espacio de la crítica puede formar una comunidad de apoyo y acompañamiento para quienes están pensando, sintiendo o activando en otras direcciones. Y esos espacios, además de su valor intrínseco como lugares hospitalarios de encuentro, también pueden ser semilleros para tramar caminos políticos e intelectuales diferentes. Que es, según la entiendo yo, una de las tareas principales de la pedagogía queer: identificar las piezas de lo diferente que existen, el mundo distinto que ya está aquí, y acompañar sus procesos para hacerlos germinar.

Hay otro punto importante para recordar cuando nos referimos al ejercicio de la crítica desde una perspectiva queer. La Teoría Queer nos ha enseñado ya desde sus inicios que no hay un afuera, no hay un lugar que sea radicalmente distinto, completamente exento de los sistemas simbólicos y sociales que oprimen. Y parte del aprendizaje es hacer carne eso, para comprender que, por el mismo motivo, no hay un afuera de la crítica. Por eso me resulta sorprendente el planteo de “el enemigo es otro”. Tenemos que ser capaces de identificar los núcleos en los que se concentra de formas extremas la violencia, la censura y la opresión, pero también debemos permanecer abiertos a la crítica constante de nuestras propias prácticas, y las formas en que, quizás sutilmente, quizás de maneras que hasta pueden parecer triviales, se conectan con aquellas. Muchas veces las conexiones no son nada sutiles ni triviales: el punitivismo es un muy buen

ejemplo de ello. Criticar las distintas formas de represión y violencia patriarcal del Estado, mientras se alimenta su sistema penal pidiendo más castigo para quienes nos violentan, es una franca contradicción que tenemos que ser capaces de criticar.³ Aquí parte del aprendizaje queer es a resistir la tentación que denunciaba Sara Ahmed: ese reflejo de que quien señala un problema pasa a ser un problema, mientras el problema real permanece desatendido (2017: 37). No es por cierto una tarea fácil, porque implica revisar nuestras propias actitudes y reflejos. Pero ya Deborah Britzman decía al “inaugurar” de alguna manera la Pedagogía Queer, que ésta consiste en gran medida en “involucrarnos con el límite del pensamiento – ese lugar en el que el pensamiento se detiene, lo que no puede soportar saber, lo que debe dejar afuera para pensar como lo hace” (1995: 156). Eso, creo, es el aporte central que puede hacer la crítica; un aporte tanto teórico como político, y un aporte que puede explicar también algo de las resistencias que encuentra.

Crítica como aprendizaje

Hace un rato decía que la crítica puede ser un momento pedagógico no sólo por los contenidos que transmite, sino también por el ejercicio mismo de hacer lugar a la crítica dentro de iniciativas o colectivos que buscan la justicia social. Me gustaría profundizar un poco más en este punto. Considero que hacer lugar a la crítica nos enseña a comprender el funcionamiento de los procesos de transformación social, empezando por su carácter colectivo. Volvamos un momento a las historias que contaba al principio, sobre algunas reacciones habituales a la crítica dentro de espacios ‘progresistas’. Una de ellas refería a la demanda de dar soluciones, respuestas concretas sobre qué hay que hacer en lugar de eso que estoy criticando. Más allá de que es comprensible la inquietud por encontrar el camino para salir del pantanal en el que estamos, hay que decir que esta reacción olvida tres cosas.

Primero, que puede que esas soluciones no existan aun, y que precisamente sea en el ejercicio de la crítica donde se vayan torneando.⁴ Uno de los puntos centrales de la pedagogía queer siempre ha sido esta cuestión de que no vamos a dar un manual de instrucciones sobre cómo hay que hacer las cosas (en el aula o donde sea), sino que la mejor forma de trabajar sobre la realidad es hacerlo de manera situada, dialógica, flexible, y sensible a los emergentes, a las especificidades de cada situación y a las distintas voces que participan de esa conversación. También en ese sentido la crítica no es un desvío, sino parte del camino de eso que esperamos encontrar en algún momento. Y, como decía, en ese camino también podemos forjar una comunidad.

Segundo, que los procesos de transformación social son procesos colectivos, en los que cada persona aporta desde su situación, su ubicación social, sus recursos y trayectoria. La división del trabajo intelectual ha sido muy criticada, y con razón. Pensemos en Spivak o Mohanty, por ejemplo, y sus denuncias ya en los ‘80 de cómo ciertas personas son exaltadas como portadoras de las ideas, y otras reducidas a simples objetos que deben

³ Esto se inserta en el marco más amplio de lo que José Muñoz denunciaba como las políticas “presentistas y pragmáticas” de la identidad gay contemporánea (2006: 825).

⁴ Brown y Halley (2002: 27) sugieren leer con este lente el trabajo de Marx.

ser estudiados o, en el mejor de los casos, salvados. Pero el problema, desde mi perspectiva, no es la división misma, sino su articulación en torno a identidades o lugares sociales, donde algunos grupos quedan condenados a lugares que no buscaron. Más allá de estos vicios, la división misma da cuenta de dos elementos que para la Teoría Queer han sido siempre centrales: la importancia de la comunidad para una vida digna, y la interdependencia propia de todos los seres que habitamos esta tierra. Nadie puede hacer las cosas en soledad. El individualismo y la autonomía son ficciones que sólo sirven para encubrir formas de explotación naturalizadas, como vemos claramente en los mitos meritocráticos, por ejemplo. El cambio social no es la excepción: las cosas se resuelven colectivamente, incluso el pensamiento mismo –la crítica, la reflexión, la teoría– es colectivo; no es *una* persona la que tendrá la respuesta ni la que la llevará a la práctica. Las respuestas se construyen en la praxis, la teoría y la acción, a partir de un trabajo conjunto en el que cada persona aporta desde su lugar. El problema surge, sin dudas, cuando desde la academia pensamos que nuestro lugar es superior e independiente del resto. Tenemos que alentar espacios de mutuo aprendizaje y construcción colectiva de esos caminos que todavía no existen del todo.

Tercero, del ejercicio de la crítica podemos aprender también acerca de la temporalidad de los procesos de transformación social. Me referí a esa sensación de urgencia, o más bien ese argumento de que la crítica es un lujo inconducente porque “los problemas hay que resolverlos ahora”. Quiero aclarar que de ninguna manera estoy diciendo que hay que darle la espalda a quienes necesitan respuestas inmediatas a los problemas que les afectan. Solo que no creo que la crítica, la reflexión teórica y el debate sean incompatibles con eso. Sí pienso que el ejercicio de la crítica nos puede enseñar algo acerca de los procesos a los que esperamos aportar. En los ejemplos que traje, y en los casos que me llevaron a estas reflexiones, estamos hablando de problemas estructurales, problemas endémicos y de largo aliento. Muchas veces cuando nos encontramos con este tipo de problemáticas confundimos gravedad, urgencia e inmediatez: igualamos la gravedad del problema y la urgencia de su abordaje con la inmediatez de su solución. Inmediatez en el sentido más literal del término: que no hay nada que medie entre nuestra acción y la resolución del problema. ¿Pero estamos entendiendo lo que es un problema estructural? Lauren Berlant (2020) tiene un análisis muy interesante sobre cuándo percibimos que algo es una crisis y cuál es el efecto de esta percepción. Advierte que muchas veces cuando en entornos hegemónicos se señala a un cierto problema como una crisis –por ejemplo ‘crisis social’. ‘crisis de inmigración’– lo que se hace es reducir el problema a ese momento específico y cortar sus vínculos con situaciones anteriores, y con responsabilidades ampliadas. Tenemos que aprender que el hecho de que un problema tenga expresiones que hay que resolver de inmediato (lo que solemos llamar crisis) no implica que sea un problema nuevo, ni que haya soluciones fáciles e inmediatas. Es más, muchas veces la crítica nos ayuda a ver precisamente las características de ese problema, sus mecanismos internos, lo cual nos sirve para asegurarnos de que las respuestas no reproduzcan esos mismos mecanismos (una advertencia que, en el caso del punitivismo progresista, suele dejarse a un lado). La crítica es parte de la intervención, y debe formar parte de las múltiples mediaciones que necesitamos en el camino urgente de resolver de forma no inmediata un problema, si queremos abordarlo desde la raíz.

En estos distintos sentidos, dedicar tiempo y esfuerzo al ejercicio de la crítica puede servir como una instancia pedagógica para realmente hacer carne lo que significa que un fenómeno sea estructural.

Contra el confort de la estabilidad progresista

En su provocador texto, Halley y Brown presentan una serie de reacciones que han recibido al plantear una crítica desde la izquierda en ámbitos progresistas, y se preguntan si las distintas iniciativas que defendemos en nombre de la justicia social nos parecerían emancipadoras si suspendiéramos aquellas resistencias y le diéramos la ocasión al “ácido de la teoría crítica” -así sus palabras- de trabajar sobre las propuestas que actualmente movilizan a la izquierda (2002: 3-4). Parece entonces que la crítica no solo no tiene por qué ser destructiva o irrelevante, sino que de hecho puede ser un aporte fundamental para orientar adecuadamente nuestras acciones, y forma parte de ellas.

Sin embargo, otra cosa que nos ha enseñado la pedagogía queer es el atractivo que provoca el confort de la estabilidad pedagógica. Vivimos en una cultura que busca certezas definitivas, conocimientos sin contradicciones, que una vez alcanzados queden establecidos de una vez y para siempre. Una cultura que tiene miedo a la incertidumbre, le tiene horror a la ambigüedad (Planella y Pie 2012, Trujillo 2015). Jordi Planella y Asun Pie identifican que “esta presunta estabilidad está constituida por declaraciones reguladoras que no son objeto de reflexión”, y reconocen que “en este sentido, la educación mantiene cierta atracción hacia la verdad pura y las identidades estables ignorando, recurrentemente, las contradicciones” (2012: 275). Para sostener esa estabilidad pedagógica hay que dejar ciertas cosas sin cuestionar. Y nos equivocamos si pensamos que esto es algo que se da solamente en ámbitos conservadores. Nosotros también hemos aprendido con el tiempo que teníamos supuestos implícitos que nos demoramos demasiado tiempo en cuestionar. Y seguramente habrá otros que aun no hemos visto, que están detrás de esa comodidad de la que nos cuesta tanto deshacernos.

El ejercicio de la crítica como una forma de intervenir en los procesos de transformación social que nos importan puede ser una forma de pedagogía queer en tanto, como dice Luiz Paulo Moita Lopes, la pedagogía queer “acarrea la necesidad de aprender (...) a dudar de las certezas y las verdades sedimentadas en las que estamos circunscriptos” (2008: 143). Esto significa abrir la puerta a la incertidumbre, al riesgo del emergente, a la impugnación por parte de otras personas... Pero también significa abrir la puerta a la creación de nuevas comunidades, a la apertura hacia quienes quedaron por fuera de esos acuerdos aparentemente sagrados de los movimientos contemporáneos, y al descubrimiento de nuevos caminos para construir -colectivamente y con paciencia- un mundo más justo.

Textos citados

Ahmed, Sara (2017). *Living a Feminist Life*. Durham y Londres: Duke University Press.

Berlant, Lauren (2020). *El optimismo cruel*. Trad. Hugo Salas. Buenos Aires: Caja Negra.

Britzman, Deborah (1995). Is There a Queer Pedagogy? Or, Stop Reading Straight. *Educational Theory*, 45(2), 151-165.

Brown, Wendy y Halley, Janet (2002). Introduction. En Wendy Brown y Janet Halley (eds.), *Left Legalism / Left Critique* (pp. 1-37). Durham y Londres: Duke University Press.

Fanon, Franz (2009). *Piel negra, máscaras blancas*. Trad. Ana Useros Martín. Madrid: Akal.

Lopes, Luiz Paulo Moita (2008). Sexualidade na sala de aula: discurso, desejo, e teoria queer. En Antonio Flávio Moreira y Vera Maria Candau (orgs.), *Multiculturalismo: diferenças culturais e práticas pedagógicas* (pp. 125-148). Petrópolis: Vozes.

Muñoz, José Esteban (2006). Thinking beyond Antirelationality and Antiutopianism in Queer Critique. *PMLA*, 121(3), 825-826.

Pérez, Moira (2019). Queer/Feminismos. Diálogos y disputas de dos campos en tensión. En Susana Gamba (ed.), *Se va a caer. Feminismos: Conceptos clave*. La Plata: Pixel.

Planella, Jordi, y Pie, Asun (2012). Pedagoqueer: resistencias y subversiones educativas. *Educación XXI*, 15(1), 265-283.

Trujillo, Gracia (2015). Pensar desde otro lugar, pensar lo impensable: hacia una pedagogía queer. *Educação e pesquisa*, 41, 1527-1540.